

TRANSFORMADOS PARA TRANSFORMAR

07 DE ENERO 2018

POR: REV. JAVIER ULLOA C.

DIOS: NUESTRO PRESENTE Y FUTURO ECLESIASTÉS 3:1-8 | FILIPENSES 3:1-15

El final de un año y el advenimiento de otro nos llevan necesariamente ante el “tribunal” del tiempo donde no podemos mentir sobre el uso que hicimos del mismo. No tuvimos sino sólo 12 meses, 365 días, 8,760 horas con 525,600 minutos durante todo el año que pasó. ¿Qué hicimos con todo este tiempo? Si la disciplina, la constancia, la sabiduría, la oración y el amor hicieron posible el sentido de plenitud, escucharemos en nuestra conciencia: “bien hecho”, o al contrario: “mal hecho”. Y es que lo que aprendemos del tiempo es que somos peregrinos y extranjeros cuyo destino final va más allá del tiempo y el espacio. Aprendemos que la vida lleva su curso inexorable. Sobre esto, hemos dicho muchas veces que lo importante no es añadir más años a la vida sino más vida a los años. El rey Salomón, después de decirnos sobre lo que acontece y lo que podemos hacer con el tiempo, se dispone como a calendarizar todas las etapas de la vida, diciéndonos que hay “tiempo para todo”. De acuerdo a esta visión, la vida no tiene excusas para ser malgastada, sino por el contrario, hay que ser buenos administradores en la economía del tiempo que Dios nos está obsequiando para cumplir sus propósitos en nosotros y en Shalom. Jesucristo es nuestro presente y nuestro futuro.

EVALUANDO LO RECORRIDO

Reconociendo el tiempo perdido. Porque sencillamente es algo que no podemos recuperar. El tiempo que se va no vuelve. En todo caso lo que sí va dejando son sus marcas, que son el mapa de nuestro caminar. Cada vez que perdimos el tiempo o lo malgastamos, dejamos de aprender, de crecer, de madurar. Con el tiempo perdido, se pierden muchas metas, se pierden muchos anhelos y muchas esperanzas. Y aún más doloroso, con el tiempo perdido se malgastaron muchas relaciones. La Biblia nos dice: “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo” (Ef. 5:15) ¿Son notorias las quejas que tenemos contra nosotros mismos sobre el desperdicio del tiempo? ¿Nos reprochamos por no haberlo aprovechado como debimos? Cuando hemos estado dando vueltas sobre algo que ya deberíamos haber resuelto, o cuando hemos participado de cosas que no nos han edificado. El tiempo perdido tiene un valor supremo. Todo tiene su tiempo y no deben usurparse los espacios que corresponden a los demás cosas de esta vida que el Señor nos ha obsequiado.

Aprendiendo del tiempo que se ha ido. El tiempo que se ha ido es una escuela que nos revela un mundo de aprendizaje. Aprendemos de las cosas que debimos hacer y no las hicimos. Aprendemos de las cosas que no debimos decir y las dijimos. Aprendemos que las faltas cometidas llegan a ser una ofensa contra Dios, contra el prójimo y contra nosotros mismos. Aprendemos que no es suficiente haber tenido buenos deseos si los mismos no pudimos plasmarlos en realidades, en la vida cotidiana. Aprendemos que la desobediencia sigue siendo una mala consejera. Aprendemos que el descuido de nuestra espiritualidad es una de las principales causas de la tibieza espiritual y la vida sin frutos dignos. Aprendemos que las oportunidades muchas veces llegan a ser únicas, y que cuando no las aprovechamos vemos con tristeza lo que pudo ser distinto. Aprendemos que no debemos repetir los mismos errores que le dieron dolor y tristeza a nuestro corazón y a nuestros prójimos. Aprendemos que hay un “viejo hombre” del cual hay que despojarse ya, porque si no, nos acompañará este año también. Pablo recomendaba algo muy valioso: “En cuando a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre y renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Ef.4:22, 23).

Dejando atrás el tiempo que nos causó tristeza. Cada fin año evocamos gratos recuerdos, pero también revivimos aquellos días y horas que afligieron nuestras almas. A lo mejor hubo actos en nuestras vidas de los que hoy nos avergonzamos. Una palabra ofensiva que todavía recuerda alguno de nuestros amados de la casa o amados de la iglesia. Una acción que hirió profundamente los sentimientos de otros. Una actitud que puso en tela de duda nuestro testimonio cristiano. A lo mejor no fuimos nosotros los que causamos la ofensa, y eso nos ha dejado con una profunda herida de la que necesitamos sanar. Para todo esto, hay dos palabras que debieran estar muy presentes en la vida de todo creyente: perdonar y dejar atrás. Aristóteles decía: “La más necesaria de todas las ciencias es la de dejar atrás el mal que una vez se aprendió”. Y la Biblia nos dice: “Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviera queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col.3:13). ¿Cuál debiera ser la medida del perdón y de la sanidad? La que ha realizado Cristo por y en nosotros. Para dejar atrás lo que nos roba la alegría, debemos mantener vivas las palabras y promesas que Dios nos ha dado: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente, no temas ni desmayes, porque yo tu Dios estaré contigo a dondequiera que vayas”.

AFIRMANDO LA VIDA EN EL ESPÍRITU DE JESÚS

Extendiéndonos a lo que está delante. ¿Qué nos viene este nuevo año? No lo sabemos. El futuro siempre es incierto. El único que sabe qué acontecerá es Dios. De allí el valor de la enseñanza de Pablo que decía: “Una cosa hago, olvidando lo que queda atrás, me extiendo a lo que está delante”. Pablo tenía muy vivas las imágenes del mundo del atletismo. Cuando él habla de extenderse, está pensando en ese hombre o mujer que van corriendo en algún maratón, y mientras esto hace, se van extendiendo de tal manera que estiran sus manos y sus cabezas como si con ello fueran cortando el viento y halando hacia la meta. La llegada de un

nuevo año es para extenderse. Esto es, no para quedarse en el mismo sitio que estuvimos este año, bueno o malo, es decir, a lo que sigue. Es abrirse a los nuevos tiempos, con nuevas actitudes y con una renovada voluntad. Todos nosotros vivimos para un propósito y no podemos apartarnos de ello. Esto tiene que ver con las preguntas sobre quién soy, qué quiero hacer en esta vida y que quiere y espera Dios de mí y de Shalom. Cuando estamos gobernados por tales cosas, entonces nuestro anhelo, como el de un atleta, será el de extendernos hacia lo que está delante. Para ello hay que ejercitar los pies, las manos, los brazos, nuestros corazones, mente y espíritu, es decir, todo nuestro ser. Los hombres, mujeres, e iglesias que alcanzan sus metas son los que permanecen en movimiento, jamás se quedan en el mismo sitio donde comenzaron. Son los que han sido fieles a la voz de Jesús que les dijo: “Sígueme”. “Hoy en esto y mañana en esto otro, pero siempre conmigo, hacia donde tú nos muevas. Nosotros no lo vemos, pero tú sí, y eso es lo que importa”. “Sígueme”. Tú Espíritu nos enseña a ver con otros ojos, y con esa visión podemos ir, sin importar las crestas y los obstáculos, hacia la consecución segura de nuestra meta.

Cultivando y cosechando nuevos frutos. Jesús hizo referencia a la higuera que no daba fruto (Lc. 13:6-9). Según el relato, el dueño vino por tres años consecutivos a buscar el fruto deseado, pero no lo encontró; de modo que ordenó al hortelano que la cortara para que no inutilizara la tierra. Sin embargo, este hombre le pidió misericordia al dueño para que la dejara todavía un año más. Él prometió hacer algo más (preparar mejor la tierra) para que ella diera fruto. Si después de esto no pasaba nada, entonces con justificación habría que cortar la higuera. ¿Qué nos muestra esto? Que el Señor (el dueño de la higuera) espera frutos en cada uno de nosotros, y cada año es una oportunidad para darlos. Jesucristo le dijo a sus discípulos: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Jn.15:8). Frutos que afirmen el valor de la vida, que nutran y embellezcan el paisaje de nuestras familias, de nuestros amados, de nuestra iglesia, frutos que resplandezcan y afirmen la justicia, la paz, la armonía, y sobre todo, el amor. Pero además, el fruto que produzca otro creyente. El creyente es el único que produce otros creyentes, así como lo único que produce manzanas son las manzanas mismas. Un nuevo año es una nueva oportunidad para producir frutos que glorifiquen a Dios y generen la alegría por vivir en nosotros y los que nos rodean. Si nuestra vida es digna de vivir, entonces, también es digna de reproducir.

Aceptando los desafíos para alcanzar nuestras metas. Pablo utiliza el verbo proseguir en el contexto de alcanzar un objetivo. Un día Pablo, mientras perseguía a los creyentes fue alcanzado por Cristo. Ese mismo día fue transformado y recibió la comisión de ser un testigo suyo. Este hombre tenía muchas cosas para gloriarse y hasta para jubilarse con una buena pensión; sin embargo, después de Cristo, lo que hay en su mente y corazón es la idea y el propósito de proseguir. Esta es la esencia de la vida cristiana y de la vida de una iglesia. Hay una meta por delante y la única manera de alcanzarla es prosiguiendo, sin bajar la guardia, sin darse por vencido. En la vida cristiana y en la del servicio al Reino de Dios siempre habrá todo

tipo de experiencias, pero en todas ellas no debemos olvidar que lo mejor está por venir, y que en el trayecto hay una “Compañía” que le da sentido de plenitud a lo que vivimos y hacemos todos los días, y fuerzas para alcanzar nuestras metas. De esta manera, hemos de proseguir poniendo los ojos en Jesús, buscando asir aquello para lo cual fuimos asidos por él. ¿Cuál son nuestras metas para este año? Pablo dice que hemos sido llamados a tener un mayor conocimiento de Cristo. Este era su gran objetivo: “Anhelo conocerle a él...” (v.10). Tenemos que admitir que no hemos conocido a Cristo como deberíamos, que algo nos ha faltado para llegar a ser fieles discípulos, hacedores de su palabra. Pero también, se proponía tener una mayor identificación con él. “Anhelo ser hallado en él...” (v.9). Hay que disponernos a tener una mayor y más profunda relación con él y con su Espíritu. Allí está el secreto para alcanzar nuestras metas personales, familiares y como iglesia: “Conocer la voluntad del Señor y anhelar ser como él en cualquier tiempo y circunstancia” ¿Qué es lo que se nos ha ofrecido? Pablo habla del “premio del supremo llamamiento en Cristo Jesús”. ¿Cuál es el premio que nos aguarda? Es Jesucristo mismo. La meta del discípulo y de la iglesia no es solo alcanzar por si mismos todo lo bueno que se han propuesto. Las cosas adquieren su verdadera dimensión, valor y sentido cuando son halladas en Cristo y afirmadas por él a través de la presencia y el fruto de su Espíritu. La meta para cada creyente es Cristo mismo. Si lo alcanzamos a él las demás cosas que vendrán tendrán su peso de gloria. Al descubrirnos así, “hallados en Cristo”, podemos aceptar cualquier desafío que sea, salir de nuestras zonas de seguridad y en su nombre hacer proezas.

Amados hermanos y hermanas, que este año que comienza podamos todos aquilatar cada día, el don de la vida acompañada por Cristo y su Espíritu, para aprovechar el tiempo en acciones que le glorifiquen y le sirvan. Que este año sea de bendición para nuestras familias, valorando a cada instante lo que significa estar juntos. Que este sea un año de crecimiento espiritual, de afirmación de nuestra fe, y de consagración al supremo llamamiento que Dios le ha hecho a Shalom, que sea un año donde abramos caminos nuevos para bendición de muchos más que en nuestro país esperan una palabra y una acción en el nombre de Cristo que les llene de aliento, esperanza y vida nueva. Oremos:

“Gracias, Señor, por los buenos amigos, por el amor con nombre, por los días con dirección, por las batallas elegidas y las palabras valientes. Por los silencios poblados, por las heridas convertidas, por los temores que nacen del amor, y por las preguntas que nos llevan más allá. Gracias, por los amigos de siempre, que son lugares a los que hay que volver, y por los que aún no han llegado, que en algún momento se nos van a volver hogar. Y por esos hermanos-familia, que tienen encendido el fuego, la puerta abierta y las manos extendidas. Gracias, por tí, Jesús, palabra hecha de agua y miel, compañero del camino, que tejes nuestro andar con toques de amor y lucha. Gracias, porque nos has enseñando que el tiempo sirve para abrazar y calentar la vida, y alegrarla con el bello color de tu presencia” **Amén**